

## Capítulo I

# VISITA EN LA LLUVIA

En lo más profundo de la enmarañada selva amazónica existe una pequeña aldea que, hasta nuestros días, sobrevive libre de contacto con el mundo exterior. Cuenta una antigua leyenda que allí vivió un niño de nombre Nahuán. Nunca conoció a su madre... el padre le había contado que murió al darle a luz. No tenía hermanos y su pariente más cercano era el abuelo, un viejo curandero que vivía a medio día de camino de la aldea. El abuelo no lo quería, o al menos eso le parecía al muchacho. Casi nunca los visitaba y, las pocas veces que lo hacía, casi ni le hablaba, solo decía «muchacho, trae esto» o «baja aquello», jamás tenía una palabra de afecto para él, de modo que su única familia era el padre, un gran cazador, y Nahuán soñaba ser como él algún día.

La aldea quedaba cerca de un riachuelo, en el que había muchos peces, así que también pescaba con su padre muy a menudo. La vida en la aldea era sencilla: las mujeres se quedaban en casa con los niños, cocinando, o salían con ellos a cosechar las

parcelas; los hombres salían a cazar y llevaban con ellos a los jóvenes mayores. Nahuán aún no había ido de cacería, pero este año sería distinto: cumpliría quince y esa era la edad para ser considerado mayor. Faltaba poco para eso, tan solo una noche. Aquella tarde se desató una fuerte lluvia que duró hasta tarde. En la cabaña, el joven se encontraba cenando con su padre cuando sintió que alguien se aproximaba.

—¿Quién podrá ser? —preguntó el padre—. ¿Quién vendría con esta lluvia?

Pasaron unos instantes y, de pronto, en la entrada de su cabaña, abarcándola casi en su totalidad, estaba su abuelo, siempre con su cara de pocos amigos y con un fardo en los hombros.

—Padre, ¿qué ha pasado? —dijo el padre del sorprendido joven.

—Qué, ¿no vas a dejarme pasar? —gritó el viejo.

—¡Claro, pase, pase, padre! Hijo, ve y trae algo de ropa seca para tu abuelo.

Enseguida, el chico fue corriendo y trajo ropa y una manta para el recién llegado. El viejo se sentó junto al fuego y se cambió lentamente. Las luces de las flamas jugueteaban mostrando distintos matices en el rostro del viejo. Nahuán observó cómo había envejecido desde su última visita. Su cabello estaba más cano aún, y los pliegues de su rostro se habían acentuado. El viejo posó los ojos en su nieto. Este se sintió incómodo y notó que aquella mirada seguía siendo la misma de siempre: dura y fría, parecía como si tratara de atravesarlo y leer sus pensamientos. El muchacho bajó la mirada y se fue por un poco de sopa para el viejo.

—Bueno, padre, dígame qué ha pasado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el viejo, sin comprender la razón de la pregunta—. No ha pasado nada, hijo, solo quería venir hoy a visitarte, antes del cumpleaños de Nahuán... y esa lluvia que no quería parar —al decir esto, volteó y miró por la ventana. Se quedó pensativo unos instantes, como transportado a otro lugar—. Bueno, bueno, a todo esto, ¿dónde se ha metido el muchacho?

—Aquí estoy, señor —dijo el nieto y salió en silencio de un rincón.

—¿Por qué te escondes?, no voy a hacerte nada, solo quería verte antes de...

Tashán, el padre de Nahuán, le echó una mirada al viejo y este cambió el tono de su voz a uno un poco más amable (al menos eso le pareció al muchacho).

—Decía que he venido porque mañana es tu cumpleaños, ¡quién lo diría!, quince años, ya eres casi un hombre. Aún recuerdo el día que tu padre te trajo a mí envuelto en esos trapos... y tus ojos no dejaban de verlo todo... —expresó el viejo haciendo una pausa—. Sí... todavía los recuerdo —diciendo esto, la mirada del viejo se clavó en los ojos del joven, y en silencio los observó durante un largo tiempo—, esos ojos tan...

—Hermosos —dijo Tashán, callando nuevamente al viejo—. Eso fue lo que dijo usted aquel día, lo recuerdo bien. Pero deje que Nahuán se marche a dormir, nosotros tomémos un masato que tengo recién fermentado.

El muchacho notaba cierta tensión en el ambiente, sentía como si su padre tuviese temor de que el viejo dijera algo malo.

—Sí, sí, hermosos, eso dije; extraño color para los nuestros, pero hermosos. ¿Quién hubiese dicho que tendría un nieto con ojos verdes como la selva?

Nahuán siempre se extrañó del color de sus ojos, pero su padre siempre le había dicho que los había heredado de su abuela por parte de madre, quien tenía el mismo color de ojos.

—Bueno —dijo el viejo—, no he caminado cerca de una milla para hablar del pasado o de los ojos de Nahuán. He venido por tu cumpleaños —dijo mirando fijamente al muchacho.

El joven se extrañó más aún.

—Muchacho, no sé qué pueda pasar mañana —le indicó el viejo.

Nahuán notó en la voz del abuelo un aire aún más extraño (si es que eso fuera posible).

—He venido hasta aquí a traerte un regalo.

Eso fue realmente algo que el joven no esperaba, mucho más viniendo de él. El viejo curandero le entregó aquel fardo que había traído.

—Qué esperas, ábrelo...

El muchacho tomó el fardo y lo puso con cuidado en el suelo. Lentamente fue desatando las sogas que sujetaban el paquete. Mientras lo hacía, miraba a su padre, quien también observaba extrañado aquel fardo. Cuando terminó, lo abrió muy despacio, en él encontró un hermoso arco de color negro, también había una bolsa alargada hecha de yanchama, cuidadosamente decorada con dibujos y colores, dentro de esta habían unas largas flechas. Nahuán tomó el arco con sumo cuidado, lo observó detenidamente y se percató del fino trabajo hecho

en él. Sin duda, habrían sido muchas horas de ardua labor para darle la forma y el acabado que tenía: a cada extremo de la empuñadura, estaba el dibujo de un árbol, delicadamente tallado, con tres ramas por lado y otras tres en cada rama.

—Yo mismo lo hice —le señaló el abuelo—. Está hecho de fresno negro, un árbol que no crece por aquí, y, debo decir, me costó conseguirlo. Por eso he demorado mucho tiempo en hacerlo, pero creo que fue un buen trabajo.

El joven no podía creerlo. Aquel anciano, que nunca le había dado alguna muestra de cariño, le regalaba ese hermoso arco hecho por él mismo y con tanto esfuerzo.



—En serio, ¿es para mí?

—Ja, ja, ja... ¡Claro que es para ti!, y espero que te sirva cuando te marches...

—Es un arco verdaderamente hermoso —aseveró Tashán, interrumpiendo nuevamente al viejo—. ¿Me lo prestas, hijo?, quiero verlo de cerca.

Nahuán entregó el arco a su padre.

—... Cuando te marches a cazar con tu padre —dijo el anciano mirando fijamente al padre de Nahuán—, eso es lo que quería decir.

El joven estaba seguro de que entre su padre y su abuelo existía un secreto, siempre había sido así. Muchas veces, cuando él entraba, ellos callaban y hablaban de otras cosas.

—Bueno, hijo, ya es tarde y hace frío, será mejor que te acuestes de una vez. Despídete del abuelo.

—Adiós, abuelo, gracias por el arco.

—Adiós, Nahuán, y no tienes por qué agradecerlo, es solo un arco. Espera, antes de que te marches, quiero darte otra cosa más.

El anciano sacó un collar de su cuello y se lo puso. El muchacho observó el collar. Estaba hecho con semillas y piedras, al centro tenía un diente de algún animal, que Nahuán creyó era de un reptil, y engarzado en él había un pequeño cristal ovalado.

—Este collar es un talismán de nuestra aldea, te traerá suerte —le señaló el abuelo dándole una pequeña palmada en el rostro. El joven se sintió algo extraño, pues esta era la única vez que el viejo le mostraba un poco de cariño.